

hombre á su enemigo mas aborrecido. Drayson hace una descripción bastante animada de una de estas fiestas.

«En los alrededores de Natal, fué visitada una casa y saqueada completamente por un leopardo: en poco tiempo cogió un perro, un número increíble de gallinas y un cochinitillo, dando pruebas de tener un gusto tan variado y tan extraordinario apetito, que nada parecía saciarle. Construyese una trampa, que hubiera sido bastante fuerte para un leon, y se encerró en ella una gallina vieja. El leopardo era demasiado astuto para penetrar en ella la primera vez que la vió; pero como volviere algunas noches despues, el deseo de poseer la gallina pudo mas que su prudencia, y se dejó coger. Me han dicho que en los primeros momentos se enfureció al verse encerrado é hizo inútiles esfuerzos para escapar de aquella maldita prision.

«Fuí á verle al otro dia á primera hora, y al divisarme, comenzó á rechinar los dientes, fijando en mí sus feroces ojos. Sin embargo, no podia soportar mi mirada, y trataba de evitarla cuanto le era posible, ocultándose en un rincon. Yo supongo que estaba furioso por verse en la imposibilidad de vengarse. Varios cafres á quienes el animal habia saqueado algunas veces, llegaron luego para decirle necedades, agotando todo su vocabulario de injurias. Situáronse al rededor de la jaula y le apostrofaron poco mas ó menos de este modo:

«¡Oh perro infame y cobarde; funesto matador de gallinas; héte aqui ya bien cogido y en nuestro poder! ¿Te acuerdas de mi vaca colorada, la que mataste el mes pasado? Pues esa vaca me pertenecia, ¡cobarde vagabundo! ¿Por qué no me esperaste? Ya iba yo á bajar con mi venablo y mi garrote; pero te fuiste, porque pensaste sin duda que tu piel valdria mas si comenzabas por atracarte bien. En fin, ¡ya te tenemos cogido!

«Mira mi venablo, decia otro; voy á hundirle en tu pecho como el clavo en tierra. Por favor, enséñame tus dientes, que quiero hacerme con ellos un collar, y asarte luego el corazon.

«De repente, en medio de aquellas amenazas, el leopardo hizo un brusco movimiento, sacudiendo las barras de su jaula, lo cual bastó para que aquellos héroes echasen á correr con toda la ligereza de sus piernas.

«Habíase resuelto trasportar el leopardo al Cabo, á fin de enviarle desde allí á Europa; mas faltó poco para que se escapase; y como pasaran varios dias sin encontrar una jaula conveniente, fué forzoso matar al felino, que estaba ya medio moribundo.»

Algunos ricos propietarios del Cabo se complacen en hacer que sus perros desgarran á estos carniceros cuando están cogidos. «Uno de ellos, dice Lichtenstein, cogió cierto dia un magnífico leopardo vivo, y habiéndolo notificado á sus amigos, reuniéronse estos en su casa una tarde, segun la costumbre del país, á fin de ver la fiera y presenciar su lucha con los perros. Despues de una buena comida, pasaron los convidados á examinar la trampa donde se hallaba el felino, al que se debía dejar salir con las debidas precauciones para conducirlo al lugar destinado para la lucha. La trampa, colocada en el fondo de un barranco, se componia de piedras, y dos grandes cantos del mismo color que las paredes de aquella, hacian las veces de puerta; en cuanto á su construcción, asemejábase en un todo á la de nuestras ratoneras. La parte superior estaba cubierta de vigas, y á través de los huecos, veíase al hermoso animal agitándose furiosamente. Los hombres encargados de agarrotarle, enlazaron sucesivamente cada una de sus patas; despues se le sacó fuera; y á pesar de sus terribles rugidos, atáronle juntas las cuatro patas.

Un individuo bajó entonces al barranco para echarle otro lazo á la cabeza á fin de poder ponerle una especie de bozal;

y una vez tomadas todas estas disposiciones, fué ya dado dirigirse á la cantera, extenso terreno que se halla entre la casa-habitación del colono y los edificios de su explotación. Atóse al prisionero por una de sus piernas traseras, en la cual se hizo una abertura que atravesaba de parte á parte la piel, entre el hueso y el tendón de Aquiles; y por esta especie de ojal se pasó un anillo sólidamente fijo á una cadena sujeta á un venablo clavado en medio del terreno. Entonces se desataron sucesivamente todas las correas, permitiendo así al animal moverse libremente; á los pocos momentos habia recobrado todas sus fuerzas y agilidad; sus saltos salvajes y bruscos movimientos, ofrecían realmente un magnífico espectáculo á los ojos de los convidados.

«Cuando el leopardo se acerca á su presa, se arrastra mas bien que se desliza por el suelo; su vientre toca casi la tierra, y su cabeza se prolonga entre las piernas delanteras, con la vista levantada. De este modo se colocó el de que hablo: sujeto por la cadena, alargábase de tal modo, que parecia otro animal; al propio tiempo movia su cuerpo continuamente de abajo arriba y lateralmente, imitando sus movimientos los de una serpiente. Despues de asegurarse con algunas pruebas de la solidez de la cadena, acercáronse bastante los convidados para tirar al leopardo piedrecillas, excitándole por todos los medios posibles á fin de hacerle saltar y rugir; mas como era ya de noche, resolvióse soltar los perros, encerrados en una cuadra vecina. La mayor parte de los espectadores se acababan de retirar con objeto de prepararlo todo para la lucha, cuando por efecto de un choque mas fuerte que los otros, abrióse el anillo de la cadena, y el leopardo se precipitó furiosamente sobre el alcalde y demás curiosos que se hallaban cerca. Poseidos de espanto, emprendimos todos la fuga, y ya sentíamos á nuestra espalda el ardiente hálito de la fiera, cuando nuestros propios perros, que nos habian acompañado, salieron á su encuentro, cogiéndole por las orejas y la garganta. El mejor de aquellos animales, que habia ya perdido uno de sus caninos á causa de su vejez, hubo de soltar bien pronto la presa, pues su enemigo le tendió muerto de una sola dentellada en la cabeza, mas entre tanto llegaron los otros perros, y sujetaron fácilmente al carnicero. Dos de ellos le mordieron con tal fuerza en la garganta, que al cabo de un cuarto de hora no dió ya el leopardo señales de vida. Habíase defendido hasta la muerte, hiriendo con sus garras á un segundo perro, que murió al dia siguiente. Al desollar la fiera, reconocióse que los músculos del cuello y de la nuca estaban destrozados; y en cuanto á la piel, era tan coriácea, y la protegía tan bien su espeso pelaje, que los dientes de los perros no hicieron en ella mella ni agujero alguno.»

Creo que en ninguna parte se aprovecha mas que la piel, que es muy apreciada por su hermosura y se emplea aun en Europa para gualdrapas; su precio varía entre 15 y 20 talers.

En el Sudan es tambien muy apreciada, y mas por los negros que por los mahometanos. Estos no la emplean sino para hacer cubre-piés, mientras que los primeros la consideran como un distintivo honorífico y de bravura. Indico esta diferencia porque los cafres profesan sobre este punto las mismas opiniones: el guerrero que ha tenido la suerte de matar un leopardo, inspira respeto y admiración á todos; se enorgullece con llevar encima los trofeos de su victoria; y el que no puede dar semejante prueba de valor, le mira con envidiosos ojos. Los dientes del carnicero, convenientemente dispuestos en un hilo ó un alambre, se ensartan con perlas de modo que forman un gran collar, que pende del cuello del héroe y resalta vivamente sobre su piel oscura. El mismo uso se hace de las garras, y en cuanto á la piel, sirve para preparar una especie de túnica llamada *karross*.

La cola del leopardo tiene tambien su destino particular: una vez cortada, el cazador la rodea á su cuerpo por medio de una cuerda: el café que puede llevar ocho ó diez de este modo, se cree un gran personaje, y mira con cierto desden á sus compañeros, que no pueden enseñar sino colas de mono, adorno muy comun entre aquellos indígenas.

**CAUTIVIDAD.**—Aunque no llegan á Europa sino muy pocos leopardos, este hermoso felino se encuentra en todos los jardines zoológicos y colecciones de fieras, siendo el que mas se ve de las tres especies. Bien cuidado, vive mucho tiempo en cautividad. No es muy exigente; se contenta con poco mas de un kilogramo de carne buena al dia, necesitando, como todos los felinos, un grado de calor moderado en su jaula y mucho aseo. Cuando está de buen humor, salta continuamente en su jaula; sus saltos son notables por su destreza; el animal se encorva de tal modo que parece formar con el cuerpo un círculo, y repite sus brinco tan á menudo que apenas pueden seguirse sus movimientos con la vista. Mientras no se ha acostumbrado á los objetos que le rodean, escoge el rincon mas apartado de su jaula para reposar; por fin se habitua y entonces descansa generalmente en la mas alta rama del árbol ó tronco seco, colocado en la misma con este fin. Cuando no se le molesta, duerme algunas horas de dia, prefiriendo las de mas calor; pero, por muy profundo que parezca su sueño, al mas pequeño ruido se despierta; endereza las orejas, abre los ojos para averiguar el motivo del rumor, volviendo á su sueño, si la causa que le despertó no llama su atención. Cada animal que pasa por delante de su jaula excita su apetito sanguinario; baja la cabeza sin ruido, se prepara para el salto y sigue todos los movimientos de la codiciada presa, aun cuando debiera saber por innumerables experiencias que la reja de su jaula frustra todas sus tentativas, pero su instinto carnicero se despierta y no puede resistirlo. Si se le da demasiada libertad, prevalecen siempre sus malas inclinaciones, y la ferocidad vuelve á apoderarse de él.

Yo tuve, durante mi permanencia en Africa, algun tiempo un hermoso macho, que no habia alcanzado aun su completo desarrollo; mas no pude conseguir que se portara convenientemente conmigo. Apenas me acercaba á la jaula, manifestábase su descontento rechinando los dientes y dejando oír una especie de gruñido sordo; y si por desgracia me adelantaba algunos centímetros mas de lo de costumbre, podia estar seguro de que trataria de darme una manotada en el momento menos pensado. Así como á los demás carniceros de mi colección, habíale atado á una larga cadena en la jaula misma; y de este modo tenia yo de vez en cuando el gusto de dejarle correr por el patio. Apenas se veía un poco mas en libertad, agitábase como una furia, comenzaba á saltar por todas partes, se estiraba, hacia gestos gruñendo, y lanzaba miradas salvajes. Precipitábase hácia el primero que se acercaba á él, y eran sus ademanes tan expresivos, que harto bien comprendíamos que solo esperaba ocasion oportuna para desgarrarnos. A medida que se alargaba su cadena, por medio de una cuerda, sus movimientos eran mas furiosos y su rabia mas violenta; en aquel instante parecia estallar toda la ferocidad natural de aquella fiera, largo tiempo comprimida; revelábanse sus pasiones sanguinarias y brillaban sus ojos amenazando de muerte á los demás animales de mi colección. Trepaban los monos gritando por las paredes, las vigas y las columnas; balaban las cabras azoradas; los avestruces, poseídos de espanto, recorrían sus jaulas en todas direcciones, y hasta el leon contemplaba inquieto aquel nuevo *Orlando furioso*. El leopardo trataba por todos los medios posibles de romper sus ligaduras, y mas de una vez temimos que lo consiguiere. Lo mas difícil fué hacerle entrar

en su jaula; nunca iba de buen grado, ni era tampoco fácil obligarle á ello, pues si bien parecia lo mas sencillo acortar la cadena, hallábase esta colocada de tal modo, que para apoderarse de ella habria sido necesario exponerse á ser alcanzado por las garras del animal. Las amenazas eran completamente inútiles; si yo gritaba, él rugía, y apenas hacia ademán de adelantarme, preparábase á saltar sobre mí. Sin embargo, era preciso conseguir el objeto sin maltratar al leopardo, pues no me pertenecia, y por otra parte, no me atrevia tampoco á valerme del látigo de piel de hipopótamo, con el cual es fácil hacerse obedecer de otros animales, porque este látigo me parecia algo corto para perseguir al felino hasta la jaula, como habria sido necesario. Entonces cogí una escoba de cuadra, y fijándola en una larga pértiga, me serví de ella para descargar algunos golpes, que no produjeron efecto alguno en el animal. Siendo, no obstante, preciso imaginar otro medio cualquiera, advertí bien pronto que me bastaria quizá rociarle con agua; y en aquella circunstancia, una gran bomba me prestó los mejores servicios. Apenas el leopardo recibía una rociada en la cabeza, ó cuando un chorro de agua le habia mojado bastante, trataba al momento de retirarse á su jaula; y para conseguirlo despues, bastábame enseñarle la escoba y la bomba, si bien se retiraba siempre gruñendo.

A pesar de eso, el leopardo se domestica casi con tanta facilidad, como el leon y el tigre, aunque exige mas tiempo. Yo no he cuidado ni visto ningun leopardo verdaderamente domesticado y solo si panteras, pero Kreuzberg me ha asegurado que el leopardo es susceptible de domesticarse y que él, apenas hace diferencia entre este y la pantera, añadiendo que los individuos mas feroces son precisamente los que mas dóciles se vuelven despues. El carácter de estos animales varía mucho: unos aprenden en ocho ó quince dias los juegos que se les enseñan, mientras que otros causan la desesperación de los domadores, quienes los tratan de tontos y los venden tan pronto como pueden. Las panteras, cogidas en su juventud y bien tratadas, se vuelven tan mansas como los otros grandes felinos; les gusta mucho que las acaricien, dejan oír su *run, run* á manera de los gatos, se echan por tierra, se encogen como las serpientes, y demuestran de todos los modos cariño hácia su amo; otras veces se rascan contra las rejas de su jaula. Una pantera que cuidaba yo me respondía, cuando la llamaba, con un extraño resoplido, corriendo alegremente á mi encuentro, extendiendo la garra, como para cogerme, dejándose acariciar y lamiéndome la mano, como hacen los perros: jamás pensaba en hacer uso de sus uñas, y las peligrosas garras se escondían entre su suave y aterciopelada piel, cuando se hallaba en la mano de un amigo. Kreuzberg poseía una pantera hasta tal punto domesticada, que se le permitía acostarse en la misma habitación de la familia, y jugar con los niños; uno de estos, una niña de cuatro años, era la favorita del animal, lo trataba como á un perro, se adormecía sobre su pecho, sin que hubiera nada que temer. A pesar de no tener pruebas, es mi opinión que los leopardos pueden amansarse sin dificultad; estos animales, lo mismo que las panteras, contraen en ciertas ocasiones estrecha amistad con los perros, viviendo tambien en perfecta armonía con sus congéneres, excepcion hecha de algunas riñas motivadas por el celo ó por la vista del alimento. No debe uno, sin embargo, fiarse mucho del leopardo; su genio indomable, su irascibilidad y cierta malicia bien marcada en su cara, hacen siempre temer una mala jugada.

**CONSIDERACIONES HISTÓRICAS.**—En los monumentos egipcios encontramos con frecuencia representado al leopardo. «El relieve mas antiguo que conozco, me escribe

el profesor Dumichen, pertenece al sepulcro del Ptahhotep, ya citado en la descripción del león; dicho sepulcro está situado en el campo de las pirámides y el relieve de que hablo data de tres mil años antes de nuestra era. Entre las descripciones y los relieves de esta sepultura insertos en mis *Resultados* etc., se ve, en la segunda fila superior, á un leopardo dentro de una jaula, llevada por hombres. En el sepulcro del nomarca Nehera, en Beni-Hassan, se halla representada en una pared una magnífica escena de caza; entre los animales perseguidos, sobre los que el príncipe Nehera y su hijo Necht apuntan sus flechas, se ve al leopardo. En el templo de Deir-el-Bahheri, construido bajo el reinado de Thutmosis, en el siglo XVII antes de J. C., cuyos relieves principales se pueden ver en mi «Flota de una reina egipcia», se encuentran varias imágenes perfectamente ejecutadas, que según V. afirma, representan la pantera. Una prueba muy significativa del carácter apacible de este animal, es la cir-

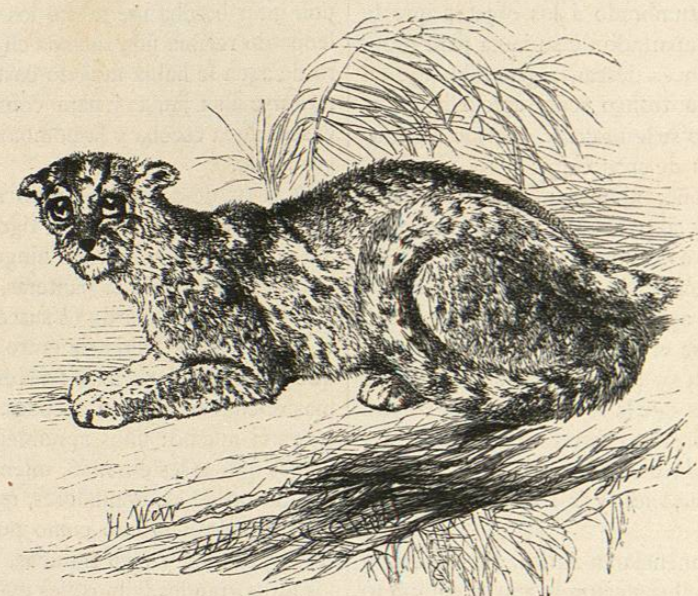


Fig. 133.—EL GATO-LINCE JASPEADO

cuenta de estos animales manchados; Pompeyo envió cuatrocientos diez al circo, y Augusto cuatrocientos veinte. El senado había prohibido llevar á Italia los *animales africanos*; y habiéndose dirigido al pueblo el tribuno Anfidio, obtuvo autorización para que figurasen en las luchas del circo, en el año 670 después de la fundación de Roma.

El historiador Julio Capitolino fué el primero que empleó el nombre de *leopardo*, hácia fines del tercer siglo, porque se consideraba entonces á este animal como un mestizo procedente del león y de la pantera. A esta opinión se refiere el pasaje de Plinio, en el que este naturalista, que conocía bastante bien á dichos animales, dice que el león distingue si la pantera macho se ha acercado á la leona, y que entonces se venga. El mismo naturalista refiere también que la pantera atrae á todos los cuadrúpedos por el olor que despide; pero que su horrible cabeza les haría emprender la fuga espantados, si no se valiese del ardido de ocultarla, y cuando se acercan los animales, atraídos por el buen olor, apodérase de ellos. En otra parte dice que los leones, las panteras y los otros animales del mismo género, tienen la lengua tan áspera como una lima, y arañan la mano del hombre al lamerla; añadiendo que aun cuando se hallen domesticados, se ponen furiosos si llega á contactar la sangre á dicho órgano.

Los griegos llaman al leopardo *Pardalis*, y Aristóteles habla de él varias veces. Dice que tiene cuatro mamas; que es

circunstancia de que se deja conducir atado con una cuerda. Una piel de leopardo, colocada sobre el hombro, era insignia particular de alta dignidad sacerdotal; la diosa Safej, protectora de la escritura y de las bibliotecas, como afirman las inscripciones, lleva comunmente la piel del leopardo. Entre los tributos de los países meridionales, designados en varios monumentos con imágenes é inscripciones, se ven repetidas veces grandes montones de pieles llamadas en las leyendas respectivas, «pieles del leopardo del Sur.» En muchos pasajes históricos al citar las hazañas de un rey se dice: S. M. se ha puesto furioso como un leopardo.»

En Roma figuraba mucho el leopardo en las luchas de fieras. El Asia menor se hallaba poblada de ellos en tiempo de los romanos; y Celio escribía á Ciceron, entonces prefecto de Cilicia: «Si no presento al pueblo manadas de panteras, te echarán la culpa.»

Escauro fué el primer edil que hizo luchar á ciento cin-

mento humano. Eliano refiere que hace la guerra á los monos con maravillosa astucia. Cuando ha descubierto una manada de monos se echa al suelo, extiende las piernas, abre la boca y los ojos exageradamente, haciendo el muerto; los monos al ver esto se llenan de alegría; no se fían, sin embargo, completamente, y mandan á uno más atrevido para averiguar lo que hay de verdad en la muerte del leopardo; aquel ya se acerca, ya se aleja, mientras que este continúa inmóvil; los otros monos, al ver que el explorador permanece ileso al rededor de su enemigo, pierden el miedo y acuden todos bailando y saltando por encima y al rededor del muerto, como si quisieran burlarse de él. El leopardo, cuando los cree ya cansados y libres de temor, turba su inmensa alegría, saltando bruscamente en medio de ellos, cogiendo y destruyendo un buen número y comiéndose el más gordo. Otras veces se oculta en la espesura, se precipita sobre los monos que van delante de la manada y mata los que puede. Se dice



Fig. 134.—EL OCELOTE

donde habían caído sus hijuelos. El hombre los sacó y el leopardo lleno de regocijo le acompañó otra vez hasta el camino, con mil demostraciones de reconocimiento.» Se le ha visto comer en unión con un cabrito criado con él. Dicen algunos que, aunque se le críe desde pequeño, y se le domestique tanto cuanto sea posible, no pierde nunca su malicia natural. Todos los animales le odian y huyen de él. Se cuenta que, pocos años después de la muerte del rey Francisco, se escapó á los franceses una pareja de leopardos; se escondieron estas fieras en los bosques, cerca de Orleans, y dieron muerte á muchos hombres y mujeres de las cercanías, entre ellas á una jóven de la ciudad que estaba á punto de casarse, habiéndose encontrado muchos cadáveres femeninos con los pechos comidos. La hiena, el animal de los sepulcros, es enemiga acérrima del leopardo; este se asusta tanto, según dicen, cuando ve el hocico de la hiena, que no piensa en la resistencia. Cuando se cuelga la piel de la hiena, junta con la del leopardo, caen los pelos de esta última. Los egipcios pintan estas dos pieles juntas, cuando quieren significar que el más fuerte, noble y grande fué vencido por el más débil. Esculapio dice que el leopardo huye á la vista del hombre.»

#### LAS ONZAS — IRBIS

**CARACTÉRES.**—El *irbis*, gran felino del centro del Asia, es probablemente el congénere más afine al leopardo. Gray ha formado de él un género especial (*Uncia*) y da como señales características, la anchura de los ángulos faciales y el hueso coronal que se levanta en línea recta; las piernas son delgadas y traen á la memoria las del guepardo; el pelaje es largo y espeso, y los pelos, lanosos en la base y rizados en la

que los hijos de la pantera nacen con los ojos cerrados, como los gatos, y que el recién nacido es siempre pequeño, causando á la madre agudos dolores en su parto; se afirma también que la pantera da pocas veces á luz hijuelos. También dicen que la pantera se aparee de cuando en cuando con el lobo, y que el fruto de esta unión tiene la cabeza igual á la de su padre y el cuerpo cubierto de manchas; hablaré de esto más detenidamente al tratar de los lobos. Puede compararse el león con un hombre valiente, franco y honrado, mientras que la pantera y el leopardo se parecen á una mala mujer; ya la naturaleza les ha dotado de forma y miembros aptos para desarrollar su malicia y astucia. Es notorio que tienen gran cariño á sus hijuelos; el físico Demetrio narra, con respecto á esto, una bonita historia. «Un hombre encontró en su camino un leopardo que le acarició como si quisiera algo de él. Asustado al principio, accedió después el hombre á los deseos del animal, y este le condujo á un foso,

punta, son ásperos y únicamente finos en el vientre. Estas señales características no son tal vez bastante marcadas para darnos el derecho de separar el irbis de los felinos sus congéneres.

#### LA ONZA Ó IRBIS—LEOPARDUS IRBIS

**CARACTÉRES.**—El irbis (*Felis uncia, tulliana y uncioides*), al cual Buffon da injustificadamente el nombre de *onza*, es casi tan grande como la pantera, puesto que tiene 1<sup>m</sup>,30 de longitud, desde el vértice hasta la base de la cola, midiendo esta 0<sup>m</sup>,90. El color principal del pelaje es un gris blanquizo con tinte amarillo claro, más oscuro en el espinazo y blanco en la parte inferior. Las manchas, bien marcadas, son pequeñas y de un solo color sobre la cabeza, más grandes y en forma de anillos en el cuello, ensanchándose más en el tronco, donde forman una roseta de puntos con el centro casi negro. Sobre el espinazo corre una línea oscura, interrumpida algunas veces, y que se continúa sobre la cola; en la parte inferior hay manchas llenas. Las orejas, cortas y romas, son negras en la base y en la punta y blancas en el medio; las cerdas del mostacho son en parte negras y en parte blancas (fig. 132).

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Ya por su pelaje indica el irbis que habita países más fríos que el leopardo; su patria es el Asia central y se extiende hasta la Siberia; no es raro en las fuentes del Jenisei y en las orillas del lago Baikal, pero es más abundante en el Tibet y en las costas del Golfo Pérsico.

«El irbis, dice Radde, es muy raro en las regiones de la Siberia sudeste, donde el tigre es más frecuente. Durante mi